

GEORGE K. SCHUELLER: *El Politburó*.—Centro de Estudios Históricos Internacionales. Universidad de Barcelona.—Editorial Teide, 1953; 149 págs.

Cuando, hace unos días, la estabilidad del Secretariado del Partido Comunista, el antiguo Politburó, se impuso a los presagios occidentales de que la muerte de Stalin, el indiscutible, llevaría a su seno el estremecimiento y la desintegración, Rusia se apuntó un tanto en su haber. El instrumento de gobierno más poderoso de la Unión Soviética resolvió su problema más difícil: la continuidad. Quizá sea un poco aventurado suponer en lo sucesivo un funcionamiento perfecto de la organización del Partido comunista, pero es innegable que en 1953, en tiempos de paz, llámesele «guerra fría» o como quiera, sin la presencia acuciante de estímulos exteriores o interiores por amenaza de guerra u otro conflicto, el Politburó, normalmente, designó su jefe.

Pero hay más. Se trataba de suceder a Stalin, a un hombre que llevó a Rusia a un período de grandeza como no lo había soñado ni Pedro el Grande, ni Catalina; a un hombre cuya personalidad eclipsó la de las figuras que le rodeaban; a un hombre que tenía en sus manos el control de la organización político-económica, el Partido y el Estado soviéticos, más poderosa de la Tierra; pues bien, a pesar de ello, a pesar del temor natural a que, al cabo de cierto tiempo, el sucesor se alzase con un poder semejante, el Politburó lo eligió rápidamente.

¿Se supo encontrar en la figura de Malenkov el político ideal para asumir el poder, o no se hizo más que aceptar la elección del que ya entonces tenía en sus manos la dirección del Partido? Schueller, que en el

libro presenta a Malenkov «como el más destacado candidato a la sucesión», se decide por lo segundo. En efecto, cuando leyó el mensaje de Stalin pudo empezar a presumirse algo. Aunque su carrera ha sido muy rápida, pues ingresó en el Politburó en 1946 y ya entonces obtuvo el cargo de Viceprimer ministro, siempre fué un personaje más bajo la sombra del Dictador.

La muerte de Stalin ha traído al Politburó al primer plano de la actualidad. Desde su creación, solamente 27 hombres han llegado a formar parte de él. En nuestros días tiene el control absoluto de la paz universal. Sin embargo, estos hombres son un misterio. ¿Cómo han llegado ahí? ¿Cuál es su formación, su manera de ver las cosas? ¿Es la misma para todos? ¿Cuál es su historia?

Estos personajes no tienen historia. Tienen una ficha personal, no una biografía. De su vida no se sabe ni se sabrá más que lo indispensable. Nació en tal sitio, ingresó en el Partido en tal año, ocupó tales cargos políticos, ingresó en el Politburó, fué expulsado de él y murió en tal año. Su vida no requiere más datos, porque al Partido tampoco le interesan más, y mucho menos al resto del mundo. Es curioso pensar que, como afirma el prólogo, solamente la elevación de Rusia a primera potencia, con la consiguiente desviación de nuestro interés hacia sus instituciones, ha hecho aumentar nuestros conocimientos sobre el Politburó. En otro caso, el interés por los datos no compensaría la dificultad en adquirirlos.

El libro, en su estructura, responde a esta idea de la ficha personal. Todo él está hecho a base de estadísticas, de comparación de datos y de gráficos. Al final, en un apéndice, se recogen las que podríamos llamar fichas políticas de todos los miembros que tuvo el Politburó.

¿Cómo se seleccionan estos hombres? Ante todo, hay que advertir la exigencia de una mayor preparación doctrinal y técnica en los nuevos miembros. Al principio, para el encumbramiento bastaba el espíritu revolucionario, el arrojo. Pero la lucha permanente por la Revolución no pudo durar mucho tiempo. Para aniquilar al Antiguo Régimen, la masa se volcó en el campo de batalla. Como siempre, la masa se cansó pronto y se retiró de la liza en seguida. Muchos se retiraron desilusionados. Entonces, con Stalin, vino la época de la burguesía, de los cargos permanentes y cómodos. Rusia parece haber pasado también esta época y haber comenzado una verdadera Contrarrevolución de conquistas sociales. Hoy la estabilidad del régimen soviético reclama organizadores, doctrinarios y administradores. La «guardia nueva», compuesta por hombres que no tomaron parte en la Revolución del año 17, pero que se han formado íntegramente en el comunismo, viene a cubrir los puestos de mando sin el lastre de una formación anterior y respondiendo plenamente a las nuevas orientaciones, más prácticas que teóricas.

Su personalidad es bastante distinta. Los revolucionarios eran en su mayoría intelectuales, gente de Universidad, pertenecientes, por lo general, a la clase media. Casi todos publicaron obras doctrinales. Hoy no se exige una formación intelectual, y la selección se realiza sobre todo entre la clase baja. Obreros y campesinos fueron los padres de 15 de los 27 miembros del Politburó.

La edad media de los primeros no llegaba a los cuarenta años. Hoy, en cambio, la edad de los más jóvenes sobrepasa los cincuenta. Sin embargo, la incorporación al Partido de los primeros tuvo lugar después de los veinte años, mientras que los nuevos en el Politburó ingresaron antes de esa edad.

Hasta ahora, los militares no han tenido grandes facilidades para ingresar en el Politburó. Ni Budienny, ni Timochenko, ni mariscal alguno del Ejército rojo fueron

aprovechados para desempeñar algún cargo político o al menos se les ofreció como recompensa a sus servicios. En cambio, es frecuente el caso contrario. Zhdanov y Beria pasaron a ocupar durante la última Guerra Mundial elevados cargos militares. Once de los miembros que ha tenido el Politburó no prestaron servicio militar, y trece tomaron solamente parte en la Revolución y en la guerra civil. Al excluir al militar profesional de entre sus miembros, se evita el control del Partido por el Ejército, aun en las épocas de destacada intervención de éste en la vida nacional.

Al no tenerse en cuenta ni su prestigio militar ni su preparación científica o técnica (económica, internacional, etc.), aparece como único criterio de selección de esta minoría la lista de sus servicios al Partido.

Es curioso ver cómo no todas las Repúblicas soviéticas tienen igual representación en el órgano supremo. La mayoría carece de representación. Solamente cinco de las 16 Repúblicas que componen la Unión Soviética tienen un hijo nativo en el Politburó. La mejor representada es Ucrania. En consonancia con el hecho de que la mayor parte de la población rusa vive en los medios rurales, no es extraño que la mayoría de los miembros del Politburó procedan de estos mismos medios.

Diecisiete personajes del Politburó han muerto ya, y seis solamente por causas naturales. ¿Es la eliminación la única forma de garantizar la pureza y seguridad del órgano supremo? En los primeros tiempos, sí fue la única, sí fue la más frecuente. Hoy las desviaciones son menos graves, y el Partido, más fuerte, las evita mejor. Por otra parte, la lección de las purgas es demasiado dura para que se olvide fácilmente.

Es muy interesante esta publicación que nos ofrece el Centro de Estudios Históricos Internacionales de la Universidad de Barcelona. Schueller publicó su obra junto con una serie de estudios que emprendió el Hoover Institute para describir la revolución mundial de nuestros días. De los miembros del Politburó no se puede contar su historia, y el autor lo ha sabido comprender así. La obra es un instrumento único para darse una idea clara y rápida del órgano supremo del Partido comunista.

EZEQUEL CABALEIRO MARTÍNEZ.

J. BURNHAM: *Pour vaincre l'impérialisme soviétique*.—París, Calmann-Lévy, 1950.

El libro de Burnham, que llega con cierto retraso a nuestras manos, presenta la importancia de ser un examen completo de los problemas que tiene planteados la política exterior de los EE. UU. en relación con el hecho capital de nuestro tiempo: la aparición en el campo de fuerzas de la política internacional de una potencia que aspira al monopolio de la dominación mundial, lograda a través de una subversión total y universal.

El libro está destinado al gran público y es, él mismo, un arma más en la lucha contra el comunismo con base rusa.

El intento de crítica constructiva de Burnham plantea multitud de problemas al estudio de la política internacional.

Burnham cree que la evolución del régimen ruso—condición indispensable para la negociación—puede ser producida, en cierta medida, desde el exterior.

De las cuatro partes de que se compone el libro: «Revisión», «Análisis», «Plan» y «Organización», la primera sienta los principios de los cuales ha de deducirse la aplicación a los problemas concretos; por ello esta parte es, quizás, la más importante del libro, y en ella se hallan motivos suficientes de reflexión. Es también la más dramática, ya que este calificativo le conviene en sumo grado, a lo largo de cuyas páginas se plantea con toda su gravedad la incompatibilidad de los dos sistemas y de las dos potencias que, en un grado nunca conocido en la Historia, deciden el porvenir del mundo.

La segunda, «Análisis», es un estudio de las relaciones de poder entre los dos grandes grupos, poniendo Burnham especial cuidado en el estudio de las debilidades del Imperio soviético.

La tercera parte y la cuarta tratan de problemas de estrategia y de organización en la lucha total; son las partes casuísticas del libro, donde mucho está dicho y mucho queda sin decir.

Comienza Burnham por presentarnos un cuadro de la situación del mundo actual. Insiste en que la interpretación catastrófica del actual momento halla justificación en la calificación de «crítico» a este momento, no en la que deduce de la situación de de-

terminados valores o ideales sobre los que se sustentaba el siglo, sino en hechos reales, como el carácter destructivo de las guerras y la incapacidad en que se encuentran las potencias para establecer la convivencia.

Consciente o inconscientemente, Burnham rehuye el estudio de los supuestos ideológicos de la crisis. La crisis surge en las relaciones internacionales por la desaparición del equilibrio y por la desproporción de la potencia de los distintos elementos que lo formaban, que hace—mientras se mantenga la actual estructura mundial—imposible su reconstrucción.

La creación de la Com. Atlántica es para Burnham la declaración expresa de la imposibilidad de reconstruir la antigua unidad geopolítica de Europa, desapareciendo el fiel que podrían representar las relaciones entre las potencias satélites y las occidentales.

Ante esta coyuntura se hallan los EE. UU. Su situación es tan nueva, que ha roto todas las tradiciones de aislamiento y han pasado de la no intervención en los asuntos ajenos al hemisferio, a la intervención universal.

En este punto de inflexión de la vida política de la nación norteamericana, su política exterior se halla menoscabada:

1.º, por no ser una política suficientemente unificada. 1948 es para Burnham un año en que la política americana muestra esta falta de dirección unitaria con mayor claridad; el esfuerzo del Plan Marshall y del puente aéreo de Berlín se corresponde con el abandono de las fuerzas de la China nacionalista.

2.º, por ser una política estrecha. Si los EE. UU. pasan del apaciguamiento a la contención en el ámbito internacional, la lucha es llevada indolente y torpemente en el dominio sindical, en el de propaganda y en el terreno estratégico. Burnham alude a la exclusión de España de la ayuda norteamericana como ejemplo patente de estos últimos errores.

3.º, es una política defensiva, o al menos lo era para el autor en el momento de la elaboración del libro, 1950. La defensiva, recuerda Burnham, no proporciona el triunfo, aunque sólo sea que el enemigo se en-

cuentre en estado avanzado de descomposición.

Por último, y este reproche es quizás el más grave, esta política no tiene objetivo. ¿Acuerdo con la U. R. S. S.? ¿Convivencia entre capitalismo y comunismo? ¿Preparación de la guerra preventiva? No halla respuesta en los círculos de Washington.

Esta última deficiencia da al Politburó la ventaja de provocar la reacción occidental y de llevar, hasta cierto punto nada más, la dirección táctica de la lucha.

Este carácter crítico y catastrófico del mundo ha puesto irremediablemente fin a la diplomacia tradicional.

En el análisis de este tema peca Burnham de superficialidad: el hecho incontestable es la inexistencia de un mínimo de base ideológica común y la carencia de un fin común que por encima de las tensiones y rivalidades permitan la resolución pacífica de los conflictos y la cooperación.

Cita Burnham las resoluciones del 2.º y 3.º Congreso de la Internacional comunista, en que se define a los diplomáticos de los países comunistas como «agentes del partido comunista en campo enemigo». Una resolución del 2.º Congreso de la Internacional amenaza con la expulsión del partido al representante comunista que, «olvidando que es un representante del partido, emprenda negociaciones de buena fe con no comunistas».

La discusión del carácter de la diplomacia comunista es uno de los más delicados, ya que la aprehensión de su sentido presupone la línea a seguir por las potencias occidentales. Burnham peca de simplista; la solución puede no hallarse tanto en la descalificación de los medios tradicionales, en las relaciones diplomáticas, como en su ajuste dentro de una técnica total dirigida a un fin concreto: por ejemplo, a la destrucción de la potencia de la U. R. S. S. o a la contención de su expansión.

En el apéndice de *L'Histoire Diplomatique*, dirigida por Potemkin, se contiene una crítica de la denominada diplomacia burguesa, y aquí de nuevo, como en cada declaración marxista, nos encontramos con el problema de tratar de averiguar lo que en ella haya de táctica y de dogma. Las declaraciones de Malenkov en el último Congreso del partido sobre la convivencia, aun no tomadas ingenuamente en serio, plantean el problema, no de su veracidad, sino de su

ber si responden a una situación económica y potencial que haga desear a la U. R. S. S. la convivencia, aun al precio de una contención—relativa—de su expansión. El Occidente se encuentra siempre en el dilema de saber cuánto hay de trotskismo en el alma de Stalin y hasta qué punto la solución de buenos jugadores de Stalin y Lenin decidiendo la no intervención en Alemania en 1923 en favor de la huelga revolucionaria puede repetirse y hasta cuándo. Junto a las decisiones tácticas, han de tenerse las ideológicas y aun las personales. Para predecir las decisiones rusas no es suficiente tampoco el dato objetivo de la conveniencia objetiva de una decisión para la U. R. S. S. o el movimiento comunista, ya que el Kremlin también comete errores.

En esta lucha que los EE. UU. y sus aliados han emprendido—como reacción y parcialmente—contra el comunismo con base sofisticada, el principal campo de batalla es Europa. Ello por dos razones, según Burnham: la primera, porque la lucha se plantea en Europa a corto plazo, por razones geográficas y porque en Europa existe la base ideológica y social que puede sustentar la lucha decisiva, mientras que para Burnham el Oriente no se halla todavía en el grado de desarrollo económico ni cultural que la teoría marxista-leninista presupone precede a la Rusia proletaria.

La segunda razón es que si el comunismo triunfa en Europa—como consecuencia de la victoria rusa y el mantenimiento de una ocupación que permita la conversión por la técnica de los golpes de Estado—, los EE. UU. estarán virtualmente vencidos, tanto por el peso ideológico europeo en América y Asia como por la innegable superioridad económica de Eurasia.

Planteadas así—en sus debidos términos—la primacía de la política europea de los EE. UU., Burnham se pregunta qué puede esperar Norteamérica de Europa.

Empieza por comprobar la mejoría económica y social producida en Europa de 1947 a 1949. Pero esta mejoría no es completa; según Burnham, Europa no se restablecerá nunca mientras se mantenga cerrado el telón de acero o mientras no cambie la infraestructura europea.

Junto a estas debilidades económicas, Burnham pinta en un cuadro pesimista la situación política y psicológica de Europa. El autor desconfía de los países europeos:

con la excepción de Inglaterra, aun admitiendo cambios accidentales y posibles actitudes antiamericanas en un momento dado de su futuro como consecuencia de la añoranza de su antiguo papel de creadora del equilibrio.

Los gobiernos carecen de fuerza suficiente para imponer su decisión. Los políticos son los mismos de los regímenes fracasados: los sistemas de escrutinio proporcional impiden el control directo del cuerpo electoral — por miedo al comunismo —; las «terceras fuerzas» no son, para Burnham, más que el deseo de mantenerse en un eclecticismo que los tiempos no permiten.

¿Qué puede esperarse de Europa? De su estado actual, poco o casi nada.

La crítica de Burnham parece en este punto injusta; no toma en cuenta multitud de factores que, en conjunto, dan la resultante de la actitud europea.

Olvida que Europa ha soportado destrucciones de tal magnitud — en algunos casos, innecesarias — y sufrido en lo material y en lo moral tales cataclismos, que sólo un continente con las reservas morales y racionales de Europa puede superar.

Europa occidental, al lado, parcialmente, de los EE. UU. en su lucha contra el imperialismo sometido, ¿en qué clase de lucha toma parte?

En *The Struggle for the world*, Burnham fijaba una fecha en abril de 1944, cuando las tripulaciones de unos barcos de guerra griegos, bajo mando británico, se amotinaron en Alejandría, como el comienzo de la tercera guerra mundial. Esta afirmación de Burnham merece alguna explicación que el autor nos da en su capítulo «Naturaleza de la guerra moderna», capítulo clave del libro y, en cierto modo, de la situación mundial. Para comprender la afirmación es necesario tener en cuenta la evolución del concepto de la guerra: ésta ha sido entendida hasta nuestros días conforme al concepto de Clausewitz, «la guerra no es sino la consecución de los fines políticos por otros medios», concepto reforzado por el de Treitschke (la guerra no es sino la forma violenta de la política).

La definición de Clausewitz parte de la consideración de la guerra no como un acontecimiento excepcional, sino como un elemento integrante de las relaciones de los pueblos, acontecimiento teñido de una valoración peyorativa.

Los hechos sobre los que se basaba Clausewitz eran, sobre todo, las guerras de Revolución y del Imperio. De estas guerras, su sujeto ya no es el Príncipe, sino que, en virtud del dogma de la soberanía popular, su titular es la nación entera. Se produce, pues, una totalitarización de la guerra. Ahora, si bien Clausewitz, por un lado, reconocía la existencia de la guerra sin ser un elemento de discontinuidad de la vida política, todavía reconocía que el estado de guerra era fácilmente reconocible y diferenciable del de paz.

Por otra parte, la totalitarización de la guerra se produce sobre base nacional, es decir, que la nación entera entra y queda a las resultas de la guerra, en su unidad y en tanto que tal unidad, sin que esta unidad se rompa por la concurrencia de factores internos a ella.

La situación actual participa de la descrita por Clausewitz en cuanto el principio de movilización total se ha llevado a sus últimas consecuencias; pero el hecho que hace tambalearse toda la concepción clásica es que la guerra no sólo define a las unidades nacionales, sino que en cada unidad otros factores (clases, ideologías, etc.) son los grupos en lucha.

La crítica a Clausewitz tiene una larga tradición marxista, alcanzando de Lenin su manifestación más acabada. La interpretación económica de la Historia y la actitud de Marx ante la cuestión nacional sentaban las bases para esa crítica; el giro staliniano de «socialismo en un país» ha completado y reforzado la situación de la U. R. S. S. en esta lucha, manteniendo el principio nacional integrador (recuérdense las concesiones a la religión ortodoxa, la restauración del Primado, etc., durante el año 1941) en el interior y avivando la descomposición del sentimiento nacional en las naciones no comunistas.

Es de inaplazable necesidad, afirma Burnham, el que las masas de las naciones democráticas se den cuenta de que la lucha ha comenzado; ello no sólo servirá de acicate a su moral de lucha, sino que puede cambiar toda la estrategia occidental, abandonando la preparación de una guerra para un día D (que puede no llegar, ya que la lucha ha comenzado) y adoptando la táctica a los problemas de la lucha diaria. La lucha entablada es de una especial naturaleza, que podría definirse como la lucha de

Resistencia o de Subversión. La Resistencia tratada desde el punto de vista de la táctica política por Julian Amery en «De la Resistance», en *The nineteenth century and after*, a cuyo concepto y libro dedica Burnham la máxima atención en esta parte de la obra y en las que tratan de los medios concretos de conducción de la guerra (Plan), ha sido subestimada por los occidentales. Eisenhower consideraba que la aportación militar de la «Resistance» francesa podía valorarse en seis divisiones: la estimación militar no es sino una parte de la función de la Resistencia. Amery señalaba que la función de los grupos de la Resistencia es doble: la victoria sobre el enemigo y la preparación de la conquista del poder posterior a la victoria; esta función es imprescindible en la lucha actual, cuyo fin no es la derrota militar del ejército rojo, sino la supresión del imperialismo soviético, supresión que puede producirse por otros medios que la derrota militar y que implicaría la desaparición del poder militar ruso.

Provisto de este concepto de la guerra moderna como una guerra en parte de subversión, totalmente en el estadio actual de la lucha, Burnham pasa a criticar los planes de guerra de los EE. UU. Los planes militares de los EE. UU. descansan en un hecho cierto: la previsión del adversario, cosa que no puede ofrecer duda alguna desde el momento en que sólo una potencia—Rusia—pueda enfrentarse con los EE. UU. en la dimensión que requiere una guerra moderna. Los factores que complican el planteamiento del problema es que, junto al objetivo principal militar, la destrucción del ejército rojo, aparecen otros objetivos secundarios de tal índole que su destrucción puede acarrear la obtención del objetivo principal.

Junto al enemigo principal pueden aparecer enemigos secundarios; puede incluso ser necesaria una guerra para hacer entrar en línea a un aliado eventual; pero estos acontecimientos no tienen significación sino en su relación con el aplastamiento del imperialismo ruso como base comunista: según Burnham, el plan de guerra de los Estados Unidos prevé dos posibilidades:

- 1) Ataque de la U. R. S. S., principalmente en Europa o en el Próximo Oriente; se trata de crear una fuerza defensiva capaz de resistir, o al me-

nos, dificultar el avance ruso, y en todo caso, preparar la reconquista.

- 2) Guerra preventiva, si el comunismo amenazase un punto vital para los EE. UU. Gita Burnham como tal *casus belli* el avance comunista en Sudamérica o una intensificación de la influencia comunista en la India.

Burnham considera que desde 1947 la dirección de la política militar de los EE. UU. es la adecuada, pero reprocha la falta de intensidad de esta política; la concepción estratégica americana es para el autor recensionado defensiva, dejando a los comunistas la elección del momento.

Las dos alternativas citadas descansan en la idea, tantas veces combatida—a lo largo del libro—de que la tercera guerra mundial es un acontecimiento venidero. Con esta convicción, el evitar la guerra es más difícil que si tenemos en cuenta que la guerra comenzó.

Para Burnham la guerra es evitable, debido a la consciencia por los propios dirigentes del Politburó de la situación de inferioridad militar de la U. R. S. S.

Aboga por una política que emplee *all means but war* por dos razones que explicaremos al dar con más detalle cuenta de la última parte del libro.

- 1) Es posible vencer al comunismo sin guerra.

2) Si la guerra es inevitable, es necesario un compás de espera para reforzar la posición anticomunista. La cuestión previa al estudio de los medios a emplear en esta lucha es la de la posibilidad de triunfo sobre el imperialismo soviético.

La posición de la U. R. S. S. es vulnerable. Señala Burnham que la carencia de crítica libre dentro de las fronteras del Imperio, junto al efecto del miedo al bárbaro—constante en el alma occidental—, producen un complejo de inferioridad injustificado en las masas de los países no comunistas.

El análisis objetivo de la realidad rusa y de los países satélites no abona tal actitud.

Las debilidades de la U. R. S. S. son: Primera, debilidad económica, que se traduce en poca productividad, pese al mito del stajauovismo; calidad mediocre y alto coste de producción. La U. R. S. S. es una economía desequilibrada, donde se sacrifican—en cantidad o calidad—productos de

segundo orden que se presentaron como decisivos en la segunda guerra mundial (los aislantes, la calidad del caucho sintético, del vidrio, etc.). En el problema económico ruso para la deficiencia técnica del obrero ruso, así como el sacrificio económico, en aras de la política, en sus relaciones con los países satélites:

En 1949 se notaron signos de crisis, sobre todo en los países satélites, a los que siguió un intento de aumentar el comercio ruso con ellos: signo de esta debilidad es la permanencia del mercado negro y del trueque en algunas repúblicas federales atrasadas, así como la aparición de éste en otras pertenecientes a la parte más occidentalizada de la U. R. S. S. La lucha contra los campesinos ha revestido en los países satélites la forma de aumento nominal de los salarios en la industria, lo que ha producido signos de inflación.

La segunda debilidad proviene del fracaso de integrar totalmente a los satélites en un sistema comunista. Estudia Burnham la eliminación de los líderes de resistencia en Europa central, considerándola como un síntoma de los problemas que el espíritu nacional presenta a la U. R. S. S. El caso «Tito» ocupa en el libro recensionado el puesto que merece esta escisión del movimiento comunista.

En la misma U. R. S. S., el régimen es detestado; el conocimiento actual de lo que pasa en Rusia es más directo que el de antes de la guerra, debido al número enorme de refugiados. Las purgas nos muestra también de este problema.

Por último, la cuestión nacional, nunca solucionada por el zarismo, ha tomado nuevo auge en la segunda guerra (sublevación Chechen-Ingouchs, de los Kalmouks, de los Karachayets y la más grave de Ucrania, que sin los errores cometidos pudo ser el comienzo de una subversión).

La posición de la U. R. S. S. es favorable estratégicamente, pero en tanto que el ejército rojo siga fiel a su concepción defensiva dentro del plan total, el cual corresponde al partido de guerra de subversión. El ejército rojo no dispone de medios para mantener un abastecimiento a través de líneas dilatadas, como se vería obligado a hacerlo en caso de ocupación de la Europa occidental.

Estas debilidades son, en cierto modo, superables; las económicas lo son, y aún cabe

pensar en una absorción total de los satélites si los occidentales no toman la ofensiva de subversión. Esta ofensiva implica medidas interiores y exteriores. Estas últimas se componen de las tradicionales (diplomacia, política económica, presión militar y otras menos ortodoxas, a las que el señor Burnham dedica cinco capítulos).

Las medidas internas comprenden medidas sociales y de estructura de los regímenes políticos.

Burnham presta la mayor importancia a los jefes sindicales en concreto, ya que la relación de éstos con las masas se basa en un sentido de solidaridad reforzado en vínculos más personales y menos objetivizados que, pongo por caso, las relaciones entre líder y partidarios en el partido político.

En la lucha sindical, la práctica comunista ha sido las más de las veces la de fraccionamiento, aprovechando los sindicatos no comunistas para provocar, sea un perjuicio a la producción, sea para alimentar una posible subversión.

La acción anticomunista, en un sistema sindical libre, se complica por la formación marxista de los líderes anticomunistas y por la actitud demagógica a que son impulsados. Burnham afirma que en el campo sindical los líderes progresistas son los únicos que tienen posibilidades de vencer al comunismo. La lucha sindical tiene repercusiones directas en el ámbito de la política internacional, señala la acción de la American Federation of Labour por medio de su representante Irving Brown en Europa, y la necesidad de organizar los sindicatos en Alemania, en donde, a la caída del nazismo, se produjo un vacío sindical que aprovecharon los comunistas.

Los errores de los EE. UU. en este dominio han sido múltiples; ejemplo suficiente, el apoyo a la Federación de Sindicatos de América Latina, dirigida por Lombardo Toledano, que con tan decisivo apoyo recibió de Henry Wallace y sus amigos. La Confederación Interamericana del Trabajo, anticomunista y dirigida contra Toledano, no recibe, por el contrario, la ayuda que merece.

Otras medidas necesarias internas a la mise en oeuvre de la lucha anticomunista es la tan debatida de la conveniencia de una reforma del Poder legislativo de los EE. UU., que también propugna Kennan, aproximando el sistema al parlamentarismo británico,

que, según Burnham, produciría una mayor solidaridad del pueblo con la política exterior de los EE.UU. Medida discutible, ya que el punto de inflexión de la política americana actual quizás padeciese bajo el peso de las tradiciones de aislamiento enraizadas en la Unión, al menos en ciertos Estados.

Para vencer al comunismo sin guerra total y universal es necesario un desplazamiento del sistema ruso. Hemos visto las debilidades del Imperio soviético: de por sí, no producirán una crisis que ofrezca la posibilidad de una victoria fácil. Esta es la diferencia entre el autor recensionado y aquellos que mantienen la conveniencia de una política de contención. Burnham afirma que la crisis puede producirse desde el exterior. El resto del libro se dedica al plan de acción para desencadenar la crisis en la U. R. S. S. y en los países satélites. Estos medios son las medidas tradicionales (diplomacia, reforzamiento de la posición estratégica de los EE. UU., etc.), y de los otros más novedosos que durante la última guerra mundial se reunieron en el «Office of Strategic Services», del lado norteamericano, y en las organizaciones «S. O. E.» y «D.» en el británico.

En la imposibilidad de entrar en el examen de estos medios, remitimos al lector a los capítulos «Ataque de la propaganda», «Cultivo de las amistades políticas» (donde Burnham reconoce la gran importancia del catolicismo, de la Iglesia católica y del islamismo como diques a la expansión comunista) y «Refugiados, exilados, liberación». El libro termina con un examen de la actitud del norteamericano en el estadio actual de la lucha y con un capítulo, «Carácter inevitable de la derrota comunista», que dió lugar al título de la versión original «The defeat of communism».

Teniendo en cuenta la relación de fuerzas, las tácticas rusa y occidental, la mentalidad de los dirigentes, la del hombre medio americano y europeo. ¿qué probabilidad de triunfo tienen las naciones no comunistas?

Considerando dinámicamente los años que van de 1946 a 1949, resulta que la tendencia es contraria a la U. R. S. S. La velocidad de progresión del comunismo ha disminuído.

Los EE. UU. y sus aliados cuentan con una neta superioridad en todos los órdenes, salvo: 1) en situación estratégica, y 2) en dirección política. El factor estratégico es un factor estático que de por sí no puede proporcionar la victoria; en cuanto a la dirección política, sólo la proporcionará si la diferencia en favor de la rusa es considerable. La cuestión, resume optimista Burnham, es una cuestión de voluntad: los Estados Unidos, que pasan por una crisis de crecimiento y con una responsabilidad no conocida hasta ahora, pueden decidir la victoria sin guerra y, en todo caso, hacerla fácil para la emergencia de un conflicto armado.

* * *

El libro de Burnham presenta un interés innegable para todos los seguidores en las relaciones internacionales, pues plantea una serie de problemas ante los cuales toda persona consciente ha de tomar posición. Junto a este valor general, quizás la aportación más interesante, no por su originalidad, es la caracterización de la guerra contemporánea y la insistencia del contenido ideológica en toda relación de poder en el mundo actual. Ello implica una ampliación de la técnica de la política exterior y una alteración de los supuestos de la diplomacia tradicional. El examen de los medios de lucha es voluntariamente desproporcionado para realzar aquellos más novedosos.

Sobre tres pilares se basa la tesis del libro: a) la victoria inevitable del comunismo si los occidentales no emplean diestramente los medios de que disponen; b) la

b) La debilidad relativa de la U. R. S. S., c) la creencia liberal-sentimental de que los periodos de oscurecimiento son esporádicos en la Historia del desarrollo de la Humanidad; esta última creencia se insinúa en todo lo que Burnham dice de la crisis del régimen comunista. Creencia que no encuentra su justificación en un examen desapasionado de la Historia. Olvida Burnham los efectos destructores de la tiranía sobre las masas y aún sobre las minorías.

Con todo, el libro contiene motivos de reflexión y de esperanza, que lo justifican plenamente. Es en este sentido un libro necesario.

FERNANDO MORÁN LÓPEZ.

EMIL GIRAUD: *La nullité de la politique internationale des grandes démocraties (1919-1939)*.—Paris, Recueil Sirey, 1949: 278 + xvi págs.

El autor de este trabajo, consejero jurídico de la Sociedad de Naciones, estuvo durante veinte años al servicio de esta institución. Su experiencia personal de los asuntos que por la Sociedad pasaron, asuntos bien o mal tratados, le llevan a presentar este trabajo. Estuvo en contacto personal con todas las materias que examinó la Sociedad, los Acuerdos de Locarno, los conflictos internacionales de 1925 a 1937, los casos de agresión que amenazaban con destruir el orden internacional, y que fueron llevados ante la Asamblea o el Consejo de la Sociedad de Naciones.

Al día siguiente de la primera guerra mundial, comienza el autor afirmando, las democracias occidentales hicieron una paz que, a pesar de sus inevitables imperfecciones, era la paz más justa y más progresiva que el mundo haya conocido, aunque los alemanes y los espíritus retrógrados, dice Giraud, la hayan juzgado de otra manera. Las democracias crearon la Sociedad de Naciones, primera organización internacional cuyo fin era hacer reinar el orden, la justicia y la paz sobre la tierra. En este momento tuvieron el medio de abrir un nuevo período histórico. Los vencidos en la guerra estaban impotentes y desarmados; los vencedores tenían casi todo el poder político, militar, económico y financiero del mundo. Desgraciadamente, les faltó lo principal, la fuerza moral, es decir, la inteligencia y la voluntad.

Para comenzar, las potencias democráticas no llegaron a conjugar sus esfuerzos y a imprimir una dirección a la política mundial. Ellas dieron el espectáculo de falta de fe, indecisión, timidez, división y rivalidades mezquinas. Más tarde, cuando la Alemania de Hitler, la Italia fascista y el Japón imperialista se pusieron a preparar la guerra con frenesí, las potencias democráticas se obstinaron en minimizar el peligro, y pensaron que el medio de conjurarlo era permitir concesiones y abandonos.

Ninguna guerra fué más fácil de prevenir ni más fácil de evitar que la segunda guerra mundial. ¿Por qué las democracias no tomaron las precauciones elementales que

se imponían? Algunas han querido dar una respuesta a esta angustiosa cuestión. La mayor parte la han esquivado. Los que se han atrevido a responder son, en general, juristas o historiadores. Los juristas han dado a menudo respuestas inexactas, y los historiadores respuestas insuficientes. Los juristas han notado la insuficiencia de las instituciones y de los procedimientos internacionales. El mal venía, según ellos, de que no se había repudiado el principio de la soberanía del Estado, y constituido la Sociedad de Naciones bajo la forma de un Estado federal universal. Venía, según algunos, de que no se había querido crear una fuerza armada internacional.

En cuanto a los historiadores, se han dedicado a establecer los hechos buscando el sentido de cada uno de ellos. Los estudios históricos llevados según un método analítico y fragmentario conducen muchas veces a dar a ciertos accidentes una importancia más grande de la que ellos tienen en la realidad, y llevan a desconocer o desestimar causas de orden general, que son muy a menudo las decisivas. Si Hitler ha fracasado en sus empresas, no es porque él haya cometido errores de táctica de orden político o militar, sino porque su pretensión de llegar a dominar el mundo en nombre de la raza alemana, que contaba solamente 80 millones, era absurdo.

En este orden de ideas, se ha observado que la segunda guerra mundial hubiera sido evitada si las grandes democracias hubieran tenido a su cabeza hombres de Estado dignos de su nombre, en lugar de mediocridades o nulidades. Las democracias no han sido víctimas de la desgracia; lo han sido de sus debilidades y de su insuficiencia.

Giraud no va a estudiar los acontecimientos ocurridos entre las dos guerras mundiales, sino que va a presentar una tabla de conjunto de las causas generales y razones profundas de este período. Estas causas son cinco:

1. La incomprensión del espíritu y de los fines de los Estados totalitarios. Lo que se siente en los países democráticos es una falta de curiosidad, de juicio y de imagi-

nación; en una palabra, falta de sentido psicológico. El error no fué equivocarse sobre Alemania, sino creer que los países de dictadura totalitaria no eran diferentes de los países democráticos, desconocer la voluntad de poder, ambición ilimitada, audacia de los jefes de aquellos países.

2. El aislacionismo. Es la ilusión de ciertos países, a causa de su situación geográfica y de su poder, que creen que son capaces ellos solos de asegurar su defensa, y que pueden asistir como espectadores a guerras de agresión más o menos localizadas y en las cuales otros serían las víctimas. El aislacionismo es un legado del pasado. Las opiniones democráticas no han comprendido que el siglo xx había llevado un cambio radical en las condiciones de la vida internacional.

3. El pacifismo. No ha sido menos fatal que el aislacionismo. Fundado sobre una ignorancia perfecta de la Historia, de la ciencia política y de la psicología, ha desconocido el papel principal jugado por la fuerza en todas las sociedades humanas.

4. La incapacidad de las grandes democracias en materia de política internacional. Esta incapacidad se ha manifestado en diversas maneras: ausencia de fe; formalismo que da importancia a lo que no tiene; imposibilidad de querer a la vez el fin y los medios; ilusión de que la paz pueda comprarse; capitulación ante el que se muestra decidido y amenazante. Todas estas debilidades son los síntomas de la enfermedad de las democracias, caracterizada por el declive de la fe democrática, las di-

visiones profundas de la opinión, la mediocridad de los gobiernos y dirigentes, la inadecuación de las instituciones al papel presente del Estado.

5. El insuficiente desarrollo del internacionalismo. Se ha creído que el mundo había pasado ya el estadio del nacionalismo y que él iba ya fatalmente, irremediablemente, a la universalidad. Sin duda, los pueblos son de hecho solidarios unos con otros, pero esto no les impide pensar y actuar nacionalmente.

En este trabajo el autor sólo se va a ocupar de hacer un estudio de ciencia política consagrado exclusivamente al pasado, el período entre las dos guerras, que va de 1919 a 1939. Este período se destaca netamente del período precedente, que no era más que la continuación del siglo xix, y del período abierto por la segunda guerra mundial, en el que vivimos actualmente. No se trata este período por estar demasiado cerca de nosotros. Sin embargo, el conocimiento y la comprensión del período precedente es necesario si se quieren comprender y dominar los problemas de hoy día.

Escrito en forma clara, a través de todo el libro nos vamos dando cuenta de lo que significó el período entre las dos guerras, y cómo la política internacional de las democracias preparó la segunda guerra mundial. Giraud, profesor también de la Facultad de Derecho, ha escrito un libro interesante y ha sabido exponer de forma articulada toda la política internacional entre las dos guerras.

ANTONIO MARÍN LÓPEZ.

Partners in the Free World, A. Summary Report on the Canadian-American Conference on Foreign Relations.—Robert. K. Turner, editor. «World Peace Foundation». Boston, 1951. 103 + x págs.

Temores y males sin cuento han hecho presa en la Humanidad moderna, acuciándola con urgencia implacable. En nuestros días, naciones y pueblos, perplejos, se interrogan ante el porvenir. Se siente la necesidad de fortalecer el entramado de la combinación occidental. Háblase de guerra fría, de rearme psicológico, de guerra de propaganda. El grupo del Oeste no se muestra libre de divergencias. A veces, encierra interés analizar los problemas que se derivan del trato entre países ligados

por vínculos amistosos, pero provistos de un potencial demográfico y económico muy distinto. Este es el caso del Canadá y de los Estados Unidos.

Pues bien; se consideró conveniente estudiar los motivos de las diferencias surgidas entre estas naciones norteamericanas en el período 1950-51, al enfocar los asuntos extranjeros. Tal fué el propósito de la Conferencia americana y canadiense sobre las relaciones exteriores, celebrada en *Niagara Falls*, Ontario, del 31 de mayo al 5 de ju-

nio de 1951. La reunión fué proyectada para asegurar una provechosa discusión. Con este fin, las delegaciones debían ser tan ampliamente representativas como fuera posible, dentro del carácter privado de tal asamblea. Del mismo modo, los participantes intervenían a título particular, y las opiniones expresadas carecían de significado oficial. Las invitaciones a la delegación americana fueron distribuidas juntamente por la «World Peace Foundation» y la «Carnegie Endowment». El «Canadian Institute of International Affairs» se encargó de seleccionar e invitar a los representantes canadienses. La Conferencia fué posible a causa de las generosas subvenciones a la «World Peace Foundation» por parte de la «Rockefeller Foundation» y de la citada «Carnegie Endowment».

Véase el valor de la reunión de *Niagara Falls* a la vista de los concurrentes a ella y teniendo presente el interés de los puntos sometidos a discusión. Baste saber que del lado americano se contaban: Spruille Braden, Benjamín V. Cohen, Raymond Denet, Joseph E. Johnson. La delegación canadiense incluía a Robert MacLaren Fowler, a Edgar McInnis, a Morgan Reid. La *agenda* de la Conferencia comprendía: el examen de la rehabilitación económica y política de Europa; la cooperación económica de nuestro Continente o su unificación política; los eventuales efectos de la adhesión del Reino Unido a una unión económica o política europea sobre los Estados Unidos, el Canadá y otros miembros de la *Commonwealth*; el papel de Alemania. Respecto al Lejano Oriente, insertábase los siguientes puntos: actitud del Canadá y de los Estados Unidos hacia los movimientos asiáticos de independencia y su política ante la China comunista; posibilidad de combinar los propósitos políticos y los económicos al dar ayuda a esta región; métodos para conseguir la asistencia técnica y económica; valor del Japón. También se atraía la atención sobre las áreas coloniales, en torno a la maquinaria internacional para la cooperación económica y sobre el mecanismo internacional de cooperación en el campo político y en el terreno militar. Sin olvidar que las tremendas dificultades de la defensa y de la estabilidad gozaban del máximo interés: naturaleza del problema militar y estratégico en Europa, en Asia y en el Oriente Medio; va-

lor militar de Alemania, en Europa, y del Japón, en Asia; efectos del rearme.

Pues bien: antes de entrar a destacar las preocupaciones de esta reunión, nuestro ánimo nos fuerza a señalar que, al comentar estos problemas norteamericanos, quízás el lector oche de menos alguna referencia al fundamento de las relaciones entre estos países. Empero, no se pida que definamos ahora aquí, en pocas palabras, lo que representan las relaciones entre Canadá y Estados Unidos. En realidad, no nos hace falta, para nuestro propósito, una definición completa de las mismas; bastará con que, fijando nuestra atención en algunos hechos, observemos si en ellos tiene cabida la armonía o si existe alguna incompatibilidad radical. Por nuestra parte, vemos que entre estas dos naciones los intereses económicos están estrechamente ligados, como su vida social. El Canadá es el mejor cliente de los Estados Unidos, de los cuales ha venido adquiriendo durante los últimos años una séptima parte, aproximadamente, de todas las exportaciones. Esto representa más del sesenta por ciento de las importaciones totales del Dominio. También merecen notarse: la obra de la Comisión Mixta Internacional, establecida en 1909; el Convenio de Ogdensburg de 1940 y la Junta Mixta Permanente de Defensa; el Convenio de Hyde Park, en abril de 1951, encaminado a facilitar la producción en común. El alcance de la cooperación militar se aprecia en obras tales como la cadena de aeródromos construidos desde Edmonton (Alberta) hasta Alaska; la carretera de Alaska, de 2.415 Kms., que los conecta; la construcción de otros campos de aviación en el NO. del Canadá; y la instalación de estaciones climatológicas y sistemas de comunicaciones conjuntas. En una publicación oficial canadiense hemos podido leer: «Canadá y los Estados Unidos constituyen una sola civilización norteamericana.»

Pero fácilmente descubrimos otras circunstancias no menos significativas. El lector recordará que en marzo de 1948 el semanario *Life* sugería la unión aduanera entre Canadá y Estados Unidos. A. F. W. Plumptre, en una publicación del C. I. I. A., aparecida en 1948, hacía la siguiente pregunta: *Union with the U. S.* ¿Indiquemos también que en el año 1950 se preconizaba en la revista *Look* la fusión

de los dos países norteamericanos en un solo Estado. Ahora bien; el que una cosa tenga explicación, no quiere decir que tenga sentido. Así, sabemos que Pearson ha declarado, en la Universidad Stanford, de California: «El Canadá está satisfecho de su posición independiente en el seno de la *Commonwealth*. Descamos fortificar los lazos, ya estrechos, que nos unen con Estados Unidos, pero no descamos una unión federal con ellos.» H. Mhuin ha escrito en *Le Monde*: «Le Canada cultive l'amitié des Etats Unis, mais repose toute idée de fusion.» El *Financial Post*, de Toronto, ha reflejado la opinión general ante tales pretensiones, con estas palabras: «Una opinión tan estúpida y grosera muestra una ausencia total de comprensión hacia los canadienses.»

Pero bueno será, ya, ver qué elementos integran la esencia del moderno discurrir exterior del Canadá y de los Estados Unidos, a la vista de las declaraciones de los participantes en la Conferencia de *Niagara Falls*. Como base previa e indispensable de una clara e inequívoca noción de la política exterior yanqui, nos detendremos simplemente en las notas aducidas por Joseph E. Johnson, a la sazón presidente de la Fundación Carnegie. En Estados Unidos, la Carta de las Naciones Unidas fué aprobada por una votación de 89 a 2. El Tratado de Río se aprobó por 72 votos contra 1. El Programa de Recuperación Europea fué decretado por una votación de 69 a 17. Por una votación de 82 a 13 encontró su aprobación el Tratado del Atlántico. El «Military Defense Assistance Program», votado en 1950, se introdujo por 60 a 0. El Senado aprobó en abril de 1951, por 64 votos contra 21, el estacionamiento de seis divisiones estadounidenses en Europa. O, dicho de otra manera: colectivamente, estas medidas marcan la superación del aislacionismo del viejo estilo. Mayor interés aprisionan, a nuestro entender, los argumentos explyados por el canadiense Edgar McInnis, profesor de Historia en la Universidad de Toronto y jefe del Comité de Educación del C. I. I. A. Con facilidad se comprenderán sus razones: 1.ª No podemos encontrar ninguna seguridad en el aislamiento. 2.ª Nuestra propia seguridad nacional solamente puede ser asegurada en cerrada cooperación con más poderosos amigos. 3.ª A causa de la fuerza de tales potencias, estos

Estados tendrán necesariamente la voz determinante en las decisiones básicas. 4.ª A veces, podemos influir en estas resoluciones; raramente podemos jugar un gran papel en su formación; ciertamente, no es posible imponer las opiniones canadienses frente a la resistencia de los grandes Estados. 6.ª Con lógica, en la formulación de la política, el Dominio siempre debe tener en cuenta en qué forma pueden ser reconciliadas sus opiniones con las de sus principales asociados y cómo contribuirá su esfuerzo a los fines comunes. (Incidentalmente, diremos que estamos ante todo un programa a meditar por los gobernantes de las medianas y las pequeñas potencias. En el moderno convivir interestatal, para unos --Noack, Uray...-- sólo hay verdaderos sujetos soberanos cuando se posee una vigorosa estructura del tipo de la Unión Soviética o de los Estados Unidos. Otros, defienden el federalismo como solución de los males del «individualismo» estatal. Pocos son los que, como Huizinga, sienten la afirmación de que el papel de los pequeños Estados no ha terminado, sino que apenas ha comenzado.)

Claramente aparecen en primer plano las peculiares esencias de la vida canadiense. Consideramos, con McInnis, la situación de los Estados Unidos frente al Canadá; once veces su población y dieciocho veces su renta nacional. En realidad, «la diferencia en los niveles de renta nacional es sintomática de una muy real diferencia de estructura». Otro factor adicional que no debe ser subestimado es la pertenencia del Canadá a la *Commonwealth*. Por otra parte, Ottawa ha estado siempre consciente de que los acontecimientos europeos tienen una vital relación con su prosperidad y su seguridad. Además, el Dominio es un Estado nordatlántico, así como un Estado norteamericano. Todavía más: «Canadá nunca ha vuelto la espalda a Europa o mirado su propio destino como una cosa distinta del resto de la Comunidad atlántica». ¿Las palabras precedentes tienen un valor de reproche ante un aislacionismo americano?

Ahora bien; después de lo dicho, cabe plantearse el análisis de otras nociones. Miembros de ambas delegaciones informaron a la Conferencia que, desde el punto de vista de los más caracterizados expertos militares, las áreas vitales para la defensa del llamado mundo libre están en este

orden de prioridad: Europa y el Atlántico del Norte, el Oriente Medio y Asia. A las consideraciones estratégicas—de un almirante Forrest Sherman, por ejemplo—. Johnson añade la significación de Europa en los aspectos económico, político y espiritual. Parejamente, McInnis asegura que, a los ojos del Canadá, *Europe holds the key to the world situation*. No obstante, se reconocieron las dificultades inherentes al intento de juntar, sobre bases políticas o económicas, regiones de tradiciones nacionales, lenguas y estructuras económicas diversas. He aquí, puestos de relieve, algunos elementos característicos de la situación europea: ausencia del concepto de *fiscal responsibility*, debilidad de la estructura social de parte de los Estados europeos, falta de un sentido de igualdad social. En el tema alemán—intenciones pacíficas, economía, rearme—, hablando en general, los canadienses resultaron menos optimistas que los estadounidenses. Un participante americano advirtió este dilema: trabajar hacia una unión más estrecha entre las naciones del T. A. N., o promover una asociación entre los países europeos. Este delegado estaba inclinado a creer que la estabilización de Europa podía resultar imposible sin la participación de Ottawa y de Washington. También halló defensa la *verdad* de esta afirmación: los mares unen, las tierras dividen. Así lo aseguró un asistente canadiense, trayendo el ejemplo de los países escandinavos y de la Gran Bretaña.

Mayor valor ofrecen las fórmulas enunciadas al definir el significado del dispositivo defensivo atlántico. Una clara diferencia de opinión se manifestó por ambas partes durante la discusión del futuro desenvolvimiento de la O. T. A. N. El debate se centró, en su mayor parte, alrededor del tema de la inclusión de Grecia y de Turquía como miembros de esta Organización. Para la representación canadiense, la extensión del Tratado del Atlántico a estas naciones alteraría la naturaleza básica de su estructura. Los canadienses mantuvieron que la O. T. A. N. no era meramente un entramado estratégico, sino también una comunidad de pueblos participando en comunes ideales y valores. En el Canadá, el Tratado del Atlántico ha sido considerado

como *something more than a military alliance*. En esencia, los canadienses apuntaron que, bajo el artículo 2, el Tratado estipula cooperación en los terrenos económico, social y cultural, tanto como en el terreno militar. Ante estas circunstancias, la delegación americana se vió impresionada por el concepto canadiense del T. del A. N. Los americanos, se dijo, ven en la O. T. A. N. *un eslabón en el sistema de defensa global*.

De ambos lados se mostró la desilusión ante la falta de entusiasmo de sus Gobiernos para proporcionar fondos con el fin de promover el desenvolvimiento económico de Asia.

En la discusión sobre la defensa y la seguridad en el Oriente Medio, se reveló unanimidad. Las dos delegaciones estuvieron de acuerdo en la importancia vital de esta zona. La conexión entre la Europa occidental y el Medio Oriente fué puesta de relieve por un delegado del Canadá, explicando que un ataque ruso podría ocurrir, simultáneamente, a través de Alemania y a través de la región turco-iraniana. En esta trayectoria, se discutieron: la asistencia económica; las presiones del elemento nacionalista sobre la Gran Bretaña; la posición de Israel; las negociaciones petrolíferas en el asunto de la *Anglo-Iranian*; la especial postura turca.

En el debate sobre los asuntos del Lejano Oriente, los americanos establecieron unas cuantas condiciones favorables a un Pacto de seguridad del Pacífico. Empero, los canadienses opinaron que este sector no constituía un *area-clave* en la situación mundial.

Nuestra visión se posa en otros matices que no deben pasar desapercibidos. Justamente, en *New Republic* hemos visto cómo se han abordado los problemas de la *sobreranía cultural* del Canadá. Mas un estudio dilatado de todos estos propósitos aportaría una multitud variadísima de matices positivos y negativos. En el fondo, Canadá y Estados Unidos tienen en común muchas cosas; entre otras, *una considerable falta de experiencia política mundial*. Pero téngase presente que esta impresión procede de B. K. Sandwell, en una revista canadiense: *el International Journal*.

LEANDRO RUBIO GARCÍA.

SEICARU, Pamfil: *Dotla. Rien que des cendres.*— «Les Cahiers Européens». París. 1949: 313 págs.

Este libro puede definirse como la tragedia de Rumania. Es la historia de la agonia de una nación que ha tenido la desgracia de caer en manos de los soviets. De una forma rápida, casi esquemática, sin ninguna retórica, se han reunido en sus páginas aquellos elementos suficientes para dar una amplia visión de todo el proceso que ha sufrido Rumania desde los comienzos de la segunda Guerra Mundial hasta el momento en que se convierte, por imperativo de la Unión Soviética, en República Popular.

No es ésta una obra extensa, pero es suficiente para dar al lector una amplia visión de todo lo sucedido. Para todo español que conoció la dominación marxista en nuestra Patria hay una parte del libro, a pesar de los horrores que se narran, que no es nueva. Me refiero a las páginas en las que se da cuenta de la llegada de las tropas soviéticas a Rumania.

Compuesta únicamente de cinco capítulos, cada uno de ellos corresponde prácticamente a un tema determinado, aunque, naturalmente, entre todos ellos haya una continuidad. En el primero se pretende hacer un esbozo histórico-político de la situación de Rumania en el período de la anteguerra y durante ésta hasta el momento en que hay el cambio de ruta en la política del país, para pasar de su alianza con el III Reich a una aproximación a los aliados. Basa el autor sus postulados en el principio de que «la Europa occidental ha ignorado siempre el Este europeo». Por ello, nunca lo ha comprendido, llevándola a hacer una política errónea, que se agudiza a causa de que los pueblos del Oriente europeo son «una mezcla indefinible de técnica europea occidental y de forma de vidas orientales». Este planteamiento político de la situación del Este de Europa, sostenido por los occidentales, y en especial por Churchill al final de la segunda Guerra Mundial, dió como consecuencia la posibilidad de que Rusia pudiera actuar con manos libres en esta zona del mundo. El político británico sostenía en aquellas fechas que no debía producirse ningún hecho que

podiera causar ninguna susceptibilidad en Stalin. Para Seicaru, el hundimiento del prestigio de Europa no es consecuencia más que de un fracaso: la decadencia de su fuerza armada, que, unido a los acuerdos signados en Teherán, Yalta y Potsdam, han sido las causas de la situación actual del Viejo Continente. Lo que sostuvo Churchill en su declaración del 22 de junio de 1941, que la Unión Soviética «era la más reciente víctima de la agresión tentona», fué un principio que ha servido como línea directora de toda una política que se ha desarrollado durante el número suficiente de años para que los soviets hayan podido montar y realizar su política sin estorbo alguno.

Los occidentales quisieron tratar a los rusos bajo el mismo pie de igualdad que ellos, sin darse cuenta que la técnica del Gobierno bolchevique es completamente diferente a la de los Gobiernos democráticos. Esta técnica se resume en un desprecio total de las masas. Para imponer el respeto a sus dogmas, el Gobierno soviético dispone de medios eficaces: la deportación a Siberia, la ejecución, la tortura. La democracia basa su legitimidad sobre las mayorías, es decir, sobre las adhesiones numéricas, y mientras el comunismo se apoya en minorías fanáticas, desgajadas de todo aquello que forma la sensibilidad humana, o sea la capacidad afectiva que facilita al hombre la indulgencia, la piedad y el perdón. Por todas estas razones, el autor señala que «en el alma de un fanático comunista no se encuentra nada de lo que forma la ética cristiana».

Este capítulo lo termina Seicaru con la afirmación de que «la política indecisa de los anglo-norteamericanos ha contribuido en mucho a disminuir las posibilidades de insurrección de la Europa oriental», y cita como ejemplo, que se ha repetido en la Historia, el caso de Polonia, «país —dice— traicionado permanentemente por el Occidente».

El capítulo segundo, que lleva el título de «Le dossier d'un pays satellite», es la consecuencia lógica del primero, pues en el mismo se desarrollan los mismos postulados que en el anterior, pero ya desde un

punto de vista unilateral, pues se refiere a la política mantenida por Rumania en el mismo espacio de tiempo antes indicado. Para el autor, la política que siguió su país puede calificarse de funesta y que le llevó a encontrarse aislado y verse frente a las dos fuerzas contrapuestas que se denominaban Alemania y Rusia. Culpa al Rey Carol y a su Gobierno de no informar al país de la política internacional que se seguía, con lo que se produjo una tal desorientación imposible de salvar en los momentos cruciales para la vida de la nación. Toda esta desastrosa política seguida durante la guerra dió como resultado final que en la Conferencia de El Cairo los anglo-norteamericanos dieran carta blanca para actuar a la Unión Soviética.

Los capítulos cuarto y quinto, titulados respectivamente «Comment on bolchevise une nation» y «L'échance des utopies», son la continuación de los dos primeros ya citados, y en ellos se desarrolla la invasión militar y política de Rumania por los soviets, dedicando especial interés a la destrucción del Partido Agrario en unión de su jefe, Maniu, único político capaz de enfrentarse al comunismo y que por ello fué suprimido después del simulacro de Consejo de Guerra, en el cual actuó como eminencia gris la conocida comunista y después dueña de los destinos de Rumania, Ana Pauker.

Hay un capítulo en este libro, el tercero, titulado «Le journal du Colonel Cosma Roura», que por sí solo es suficiente para hacer un libro. Es la descripción, de una forma objetiva, de las impresiones recogidas por un jefe del Ejército rumano durante

la invasión rumano-rusa hasta el momento que el citado personaje se convierte en un miembro de la resistencia y que lucha en unión de otros camaradas por la salvación de su nación en las montañas rumanas.

Es en este diario en donde se narran, como antes se decía, todos los horrores de la invasión comunista, cuyos caracteres en poco difieren de la situación que sufrieron las ciudades y pueblos españoles que formaron lo que se denominó zona roja durante la Guerra Civil española.

En este diario del coronel Roura hay una parte verdaderamente interesante, que corresponde a las conversaciones que sostuvo con un coronel soviético llamado Narichkine, durante el tiempo que ambos estuvieron alojados en la misma casa en Bucarest. Es altamente interesante esta parte de la obra, pues al tiempo de explicar con amplio detalle la concepción del mundo occidental que tiene un comunista, sirve al mismo tiempo para mostrarnos el fanatismo con el que sostienen sus teorías los seguidores de las doctrinas de Lenin. Para Narichkine, «la agonía de Europa es una realidad...»; la cuestión es saber si asistimos a la agonía de una forma de cultura y de una forma de producción, o al agotamiento del genio creador de los pueblos europeos. Para la Unión Soviética, la unidad política y económica de Europa es un axioma. Lenin, cuando redactó la constitución de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, tuvo la visión de que la misión de la Rusia Soviética era federal a Europa, como primer paso para el dominio mundial del comunismo.

LUIS M.^a LORENTE.

